

## DON FERMIN: MI RECUERDO

*Por Gregorio García Sedeño*

*Jaén*

En la confección de este memento en honor del gran hombre que fue el doctor don Fermín Palma García, espero tomen parte por lo menos tres generaciones, dada, afortunadamente, la longevidad de que disfrutó (1886-1970). Deben colaborar sus condiscípulos y primeros compañeros de armas, es decir, la célebre generación del 98; después, la que podemos llamar la generación de los años 20, esa pléyade de estupendos compañeros foráneos que, juntos con él, comenzaron en Jaén a implantar y practicar una verdadera Medicina, seria y científica, y por último, nosotros, los de la generación del 36 —los que sí fuimos a la guerra—, que, estimo, también tenemos algo que decir.

Encontrar tema para escribir sobre don Fermín es tarea fácil, dado el polifacetismo de su gran personalidad. Eminente médico, gran cirujano, patriota insigne, hombre público destacado, eficiente militar, esposo ejemplar y bondadoso padre, al par que cordial y verdadero amigo, no han de faltar mejores plumas

que la mía para relatar estos reflejos de su vida. Hay, sin embargo, un ángulo de su existir que siempre me fascinó y es sobre el que quiero puntualizar por parecerme una de sus peculiaridades más atractivas; me refiero a su humanismo.

Conocí a don Fermín en el año 1934. Había terminado yo el cuarto curso de la Licenciatura y subí al Hospital Provincial de San Juan de Dios para rogarle me permitiera asistir como alumno, a su servicio, de Cirugía, para poder hacer prácticas y habituarme al quirófano, ya que en el próximo curso comenzaría a estudiar Patología Quirúrgica con el profesor Cardenal. Me recibió con toda cordialidad y afecto, como en él era habitual, charlando conmigo, joven imberbe, que le veía con una admiración casi mística, y con toda sencillez, me autorizó a trabajar en su servicio y disfrutar de su enseñanza. Así continué todos los veranos, durante mis vacaciones, hasta que en el año 1936, con motivo de nuestra guerra, nos separamos para volvernos a en-

contrar en 1940, otra vez en el mismo Hospital, en que ya ingresé de médico interno, aunque en el servicio de Medicina del, para mí tan querido, doctor don Graciliano García López.

Sin embargo, fue a partir de 1951 cuando comencé a valorar su enorme carga de humanismo.

Para mí, y desde hace tiempo, quedé convencido con la exposición que nos hizo Marañón de su concepción del humanismo. Todos recordamos cómo considera y expresa gráficamente su teoría representada en una pirámide triangular cuya base descansa en una superficie formada por el conocimiento de las lenguas clásicas (latín y griego). En el vértice de dicha pirámide se hallaba el humanismo y para ascender a él había que recorrer sus tres caras y poseer los valores que en cada una de estas caras se encontraban, a saber: comprensión, generosidad y tolerancia.

Pues bien, volvamos de nuevo al año 1951. Por las calendas de marzo de aquel año, desempeñaba yo la Dirección Médica Provincial de la Obra Sindical "18 de Julio" y, después de muchos sinsabores, disgustos, incomprensiones y horas de insomnio, había dado fin a uno de mis proyectos más queridos: la construcción y montaje del Sanatorio Quirúrgico "San Fernando". Había señalado la Jefatura Nacional de la Obra la fecha del 1.º de abril para su inauguración y todo estaba

pendiente del nombramiento del personal idóneo necesario para su funcionamiento. Pensando en ello, decidí que el hombre más caracterizado, por su preparación y experiencia, para desempeñar la Dirección era don Fermín, pero... ¿querría don Fermín aceptar dicho cargo? Su personalidad era tan acusada que me parecía ridículo ofrecerle la dirección de un centro sanitario tan modesto (22 camas) aunque fuese nuevo y estuviera perfectamente dotado de material. Por otra parte, los honorarios eran francamente irrisorios y, dada la trayectoria de su vida, no sabía si querría unir su nombre a una entidad etiquetada políticamente. Este último escollo pensaba vencerlo, dado que nuestras ideas políticas coincidían íntegramente, sobre todo en los puntos fundamentales. Fui a verlo y me recibió en el despacho español de su Clínica, como siempre con toda cordialidad y aquella sonrisa estereotipada que tanto agraciaba su rostro. Le expuse mis deseos y mis dudas, insistiendo en que él era el director que necesitábamos para poner en marcha el Sanatorio. Me escuchó atentamente y debió complacerle la alegría que reflejó mi rostro al oírle decir: "Cuente conmigo".

Efectivamente, el día 1 de abril, con toda solemnidad, se inauguró el Sanatorio y el día 11 se efectuó la primera intervención quirúrgica.

A partir de esa fecha, y durante años, tuvimos un contacto directo

y diario y así fue como supe apreciar su enorme carga humana. Comprensivo para todos los problemas que surgían y que, con su gran saber y experiencia, solucionaba de la manera más satisfactoria posible. Generoso hasta el máximo, no sólo con los enfermos, sino con su mismo tiempo, a pesar de su agotador trabajo, no regateando horas de su inapreciable y agotadora jornada para que todo marchara bien y como a él le gustaba marcharan las cosas. Tolerante, hasta las mismas fronteras que marcan los límites de la justicia. Su jubilación nos causó una gran e irreparable pérdida.

Su último acto de humanismo lo presencié la última vez que hablé con él. Fue en el vestíbulo de su Clínica, a donde entraba yo para ver un enfermo. Se encontraba con una navajita en la mano arreglando las hojas de los ficus que adornan el gran hall. Me acerqué a saludarlo, charlamos un rato y al despedirme no pude sospechar que aquella sería la última vez que estrecharía su mano.

Estoy seguro que goza de la presencia del Padre. Pidámosle ruego a El por nosotros, los que fuimos sus amigos en la tierra.